

DESPUES DEL COMUNICADO

ES indudable que el Presidente Nixon no ha hecho tan largo viaje ni ha roto los pucheros de la historia para obtener un acuerdo cultural, un intercambio de estudiantes, un criptoembajador viajero —que irá a Pekín de cuando en cuando para desembrollar asuntos mutuos— y algunas otras minucias que recoge el comunicado final. Los comunicados oficiales, en todos los casos, han alcanzado ya un máximo de desprestigio. Son anticomunicados, porque no comunican nada: los analistas los desmenuzan luego, con técnicas psicoanalíticas, y obtienen de ellos las conclusiones que de antemano querían obtener. Hubo un momento del viaje en el que los periodistas americanos quisieron agredir al secretario de Prensa de Nixon por su incapacidad para transmitir noticias. Estos periodistas están, sin duda, al principio de una larga carrera de silencio y de ira contenida. Lo oficial se hace cada vez más secreto. Se encubre. Por algo será.

ESTAMOS ante dos grandes países, cuyos más altos jefes, empenchados el uno por la leyenda heroica, con gentes que convierten su nombre en adjetivo —los maoístas— en todo el mundo para enunciar su política, su filosofía y su visión del futuro, izado el otro sobre el pedestal de la mayor fuerza del mundo, y aún revestido con los andrajos de lo que fue la púrpura democrática, se reúnen después de décadas de hostilidad, celebran su reunión con mil espectaculares ceremonias y la terminan declarando que sienten mucho no poder reconocerse el uno al otro. Las cuestiones de Indochina y de Formosa les separan por ahora, hasta que sean evacuadas por las fuerzas de Estados Unidos.

¿HASTA dónde llegan los acuerdos adquiridos? ¿Cuál es su última realidad? ¿Cómo se irán desarrollando los sucesivos? De alguna forma, el tiempo nos dirá si Richard Nixon ha ido a Pekín solamente para hacer sus «primarias», como ha dicho algún periodista norteamericano listo, para preparar sus elecciones. Por esa parte, las tiene ya ganadas.

Si no hay algún acontecimiento catastrófico de aquí a noviembre —y que está previsto debe ser triunfal, el viaje de mayo a Moscú—, Nixon será reelegido. Nixon ha curado de su pesadilla china, de su vieja neurosis de dragones y de «comics» de Wu Li-chang y Fu Manchú al pueblo de los Estados Unidos. A costa de caracterizarse un poco, él mismo, de chino. Los gestos de que ha llenado su viaje, los excesivos y teatrales gestos típicos de un candidato norteamericano, sin duda han debido dar una cierta impresión de sometimiento.

LAS condiciones, efectivamente, son bastante distintas de las de pacto germano-soviético que alguien ha rememorado ahora. Es cierto que el pacto de 1939 dejó sin aliento a los antifascistas de Europa, a los comunistas de todo el mundo, y que ahora los maoístas están perplejos por este nuevo amor al enemigo tradicional —la idea de que Nixon ha sido recibido como representante del pueblo americano y no como jefe del Imperio de Estados Unidos es puramente ridícula—, y que China puede actuar por miedo al cerco o a la agresión que podría suponer una alianza de Estados Unidos y la Unión Soviética, como entonces la URSS lo hizo como reacción al Pacto de Munich, del que podía ser víctima si había una acción común de Alemania y las democracias occidentales, pero los signos externos de ahora son notablemente diferentes. Ni Hitler fue a Moscú ni vio nunca a Stalin, y no hubo más espectáculo que la firma del acuerdo en sí.

EN este caso, los signos externos, extrañamente realizados por las cámaras de televisión y por los relatos de periodistas, que se han volcado sobre ellos al no tener información real que transmitir, valora dos así, permiten sospechar que China ha ganado su larga batalla, que Nixon ha realizado unos ciertos actos de sumisión. Este Nixon que viaja hasta la sede de Mao, que es calculadamente recibido sin multitudes, sin que siquiera los viandantes volvieran el rostro al paso de los coches de

Mao y Nixon durante una de las entrevistas que han celebrado.



e. haro tecglen



Nixon da por terminada su estancia en China. A su derecha, el primer ministro chino, Chu En Lai; y de espaldas, subiendo la escalerilla del avión, la señora Nixon.

cortejo, que se vuelve chino para comer con palillos, para brindar con un pensamiento de Mao, hasta el obsequio sacrificial y casi primitivo de dos carneros al Presidente Mao, está prácticamente reconociendo el fracaso de toda su política asiática, de la larga e intervencionista y ambiciosa política asiática de los Estados Unidos: la imposibilidad del cerco a China, la de terminar con éxito la campaña de Indochina, la de sostener la inútil reivindicación de Formosa, la de soñar con un cambio de régimen en China. Si algún cambio radical ha habido, ha sido más de Estados Unidos —y ya se nota en Japón, en Saigón, desde luego en Taiwan— que de China. Creo que los nixonistas deben tener algunos motivos más para estar inquietos que los maoístas. Esto, por lo menos, es lo que dan a entender los signos. Si han sido calculados para otra cosa o si no han sido calculados para nada, han fallado.

PERO hay que considerar que la vasta operación política tiene dos partes. La de China es una, la de la Unión Soviética es la otra. El camino a Moscú está abierto, digamos, por una frase del comunicado, en la que se viene a decir que ninguna forma de acuerdo entre las dos potencias tratará de perjudicar a una tercera. Una fórmula semejante aparecerá, sin duda, en el comunicado final de Moscú, que ha de sellar el triángulo mágico. Podría ocurrir, antes o después, un contacto directo entre Pekín y Moscú, más bien después. Pero esto es meramente especulativo. Puede pensarse en ello en razón del sentido común y de la sensatez: sería necio por las otras dos partes dejar que Estados Unidos tuviera la clave del triángulo, la fuerza del equilibrio y de la mediación. Pero en política no hay por qué fiarse del sentido común ni de la sensatez. De momento, este viejo «loser» o perdedor que ha sido durante largos años Nixon, parece que ha sabido sacar partido y lección de sus antiguas derrotas; aprendió de ellas lo suficiente para llegar a ser Presidente de la nación y ahora, según parece, para no obstinarse en mantener batallas perdidas, sino en aceptar el cese de las batallas.

CUANDO este viaje a la URSS haya terminado, se habrá cerrado, sin duda, el gran ciclo de la coexistencia pacífica, abierto por Krutchev y Kennedy; se habrá terminado la guerra fría, que ahora vive sus últimos días, y la operación «ostpolitik» habrá comenzado realmente en Occidente, después de la apurada iniciación por parte de Alemania Federal, peón bien movido, y necesariamente, en la vanguardia, como antes estuvo bien movido en la guerra fría, a cargo de Adenauer y la democracia cristiana, y del juego de listos del general De Gaulle. Lo que hagan o decidan ahora esos países y otros tendrá menos importancia, o no tendrá ninguna. La gran tendencia está marcada y es irreversible.

INEVITABLEMENTE se entra en el juego de las profecías. Pudieran ser mal interpretadas: se trata aquí de decir que la fórmula «es preciso que nada cambie para que todo siga igual» ha sido sustituida por la fórmula «es preciso que todo cambie para que todo siga igual». O, como dicen los franceses, «plus ça change, plus c'est égal». Es una manera de conservadurismo móvil que parece ahora más inteligente que el conservadurismo inmóvil.

MARRUECOS: LA NUEVA CONSTITUCION Y LOS PROBLEMAS REALES

El miércoles, referéndum en Marruecos: se somete al pueblo una Constitución reformista, que en realidad es la anterior enmendada. Habrá un mayor número de diputados electos en la Cámara —dos tercios en lugar de uno—, una mayor delegación de poderes reales en el Gobierno y algunas otras modificaciones menores. La Constitución será aprobada fácilmente, como las dos anteriores, pero la situación es tensa y violenta. La oposición está formando su «frente amplio»: la forman, esencialmente, el partido del Istiqlal —parafascista, basado en un nacionalismo férreo y un islamismo ciego— y la Unión Nacional de Fuerzas Populares, de la izquierda. La oposición fue largamente consultada por el Rey antes de hacer las enmiendas a la Constitución, pero ahora se queja de que sus sugerencias no han sido tenidas en cuenta. Sus órganos de expresión son escasos y poco difundidos, mientras que los gubernamentales, directos o indirectos, son poderosos.

Pero las cuestiones que llegan al pueblo no son precisamente las de dosificaciones constitucionales. Es un malestar profundo y extenso en el Reino, agudizado desde el misterioso y fallido golpe de Estado del mes de julio, del que se dice que emana la «toma de conciencia» del Rey para hacerse más constitucional y más abierto. Pero las ejecuciones sumarias, las penas de muerte pronunciadas ahora contra los sublevados prisioneros, las sentencias del Tribunal de Marrakech contra izquierdistas —por un supuesto complot anterior al de julio, en estadio de preparación— son simultáneas a la toma de conciencia. Hay, al parecer, algunos movimientos de disconformidad en el Ejército —en lo que queda del Ejército, tras la matanza del palacio de verano, las ejecuciones posteriores y las prisiones de los supervivientes—: una huelga del Ejército del Aire en Rabat, otra de mil soldados en Casablanca, que se quejan de tener escasa paga. Se están importando «instructores» franceses, especialmente para la Policía: crece ésta mientras disminuye el Ejército. Los niveles de paro forzoso crecen, sobre todo por la continua llegada a las ciudades de campesinos que buscan trabajo: en las ciudades, el número de parados se estima en un 30 por 100, y la absorción por el extranjero, que importaba mano de obra marroquí, ha disminuido ahora. ¿Por qué se van del campo? Porque no se llega nunca a la reforma agraria y las condiciones de trabajo son cada vez más feudales. La retracción de las inversiones de capital extranjero desde el verano pasado se hace notar ahora más: el capital tiene miedo y, además, no tolera ya la corrupción. La situación escolar es dramática, y no cesa en la enseñanza secundaria y en la Universidad desde el mes de enero. Teniendo en cuenta que aproximadamente la mitad de la población del país, de incesante crecimiento demográfico, es menor de quince años, se puede apreciar la magnitud del problema.

La Constitución va a ser aprobada, porque los resortes para ello son poderosos, pero ese cambio constitucional sólo afectará al juego político, y muy relativamente: las cuestiones vitales escapan a ella. Una reforma agraria, una reforma educativa, la lucha contra la corrupción política y administrativa, la creación urgente de puestos de trabajo, un ajuste de la moneda, serán medidas, cuya aplicación viene anunciando el Rey desde el verano pasado, que podrán restituir la calma al país. Si es que son posibles ya. ■ JUAN ALDEBARAN.